

MAXI  
TUSQUETS  
EDITORS



**RAMIRO  
PINILLA**

**El hombre de la guerra**

RAMIRO PINILLA  
EL HOMBRE DE LA GUERRA

M A X I  
TUSQUETS  
EDITORES



1.ª edición en colección Andanzas: septiembre de 2023

1.ª edición en colección Maxi: noviembre de 2024

© Herederos de Ramiro Pinilla, 2023

Adaptación de la cubierta: Maxi Tusquets / Área Editorial Grupo Planeta

Fotografía de la cubierta: © Ilona Wellmann / Trevillion Images

Fotografía del autor: © Ivan Giménez / Tusquets Editores

Diseño de la colección: FERRATERCAMPINSMORALES

Reservados todos los derechos de esta edición para  
Tusquets Editores, S. A. - Avda. Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona  
[www.maxitusquets.com](http://www.maxitusquets.com)

ISBN: 978-84-1107-526-8

Depósito legal: B. 17.716-2024

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

*Printed in Spain* - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

## Índice

|                                                   |         |
|---------------------------------------------------|---------|
| 1. Es el fin. . . . .                             | 9       |
| 2. La puerta cerrada . . . . .                    | 15      |
| 3. El cura de San Baskardo. . . . .               | 31      |
| 4. También se entierra con sol . . . . .          | 47      |
| 5. Una noche de trabajo. . . . .                  | 61      |
| 6. Reconstruyendo . . . . .                       | 73      |
| 7. <i>Ars dramática?</i> . . . . .                | 89      |
| 8. Regina pide la foto . . . . .                  | 101     |
| 9. El hombre de la guerra. . . . .                | 113     |
| 10. La recalcitrante Regina . . . . .             | 125     |
| 11. Una Regina de madera . . . . .                | 139     |
| 12. El extraño escultor . . . . .                 | 147     |
| 13. Al pie de la escalera . . . . .               | 163     |
| 14. El hule . . . . .                             | 181     |
| 15. Sangre de otro tiempo . . . . .               | 197     |
| 16. En busca de una víctima . . . . .             | 209     |
| 17. Tallas en el desván . . . . .                 | 225     |
| 18. El paganismo de la tía Flora. . . . .         | 241     |
| 19. Los enterradores . . . . .                    | 275     |
| <br>Sobre <i>El hombre de la guerra</i> . . . . . | <br>289 |

Urko Pínaga tuvo la penosa impresión de que acababan de abrirle una casa con muerto. El presentimiento no arrancó sólo de la bocanada de silencio espeso que brotó del interior. Pensó que era lo menos que podía esperar de aquel mundo acabado que pisaba por primera vez desde la guerra.

Al dar su nombre, la mujer de la puerta se puso a profundizar en los parentescos de la familia. Urko advirtió el potente esfuerzo de sus cejas por situarlo en la estirpe de los Pínaga.

—Soy el sobrino de Inglaterra —la ayudó.

La mujer tenía un aspecto roqueño. La tonta sonrisa que cruzó su rostro fue arrasada por el aire de luto con que apareció en el umbral. Por unos instantes Urko se deleitó con sus rasgos del inconfundible grupo biológico de Getxo. La mujer se apartó para dejarle pasar.

—De modo que es el sobrino de Flora —bisbiséó—. Siempre creí que Inglaterra estaba más lejos.

Urko dejó la maleta en el suelo y la miró sin comprender.

—Yo no sabía nada —dijo. Y se sorprendió preguntando roncamente—: ¿Cuándo ha muerto la tía?

—Hace siete horas. —La mujer ahogó la respiración—. ¿Cómo sabe que se trata de ella?

Urko recibió la noticia sin el menor asombro. Dejó atrás los ojos que le contemplaban con terror y la voz que exclamó sordamente: «Después de más de treinta años llega justo cuando...». Avanzó por el largo pasillo orientándose por los recuerdos de infancia. Tuvo la impresión de que la casa se había reducido. Sin detenerse acarició el maldito arcón de roble tallado que entorpeciera sus carreras en bicicleta. Un instante después le pareció que flotaba en el vacío. Se detuvo para analizar la impresión. Intuyendo la causa, golpeó la tarima con el zapato y sacó un ruido a hueco enteramente nuevo. Así supo que la penumbra del pasillo no contenía los muebles y cachivaches de otra época. Urko quedó conmovido por la precisión de sus recuerdos.

Del fondo del pasillo arrancaba la escalera interior, y a su derecha estaba el dormitorio de la tía Flora. La seguridad con que se movía parecía indicar que vivió allí la víspera. Sin más muebles que la cama y un banco, con las paredes lavadas de cuadros y cortinas, la habitación ofrecía un aspecto árido. La figura de la anciana ocupando en el lecho el punto exacto de los

muertos, la tuvo por la conclusión natural de la historia de Mallatu.

Notó en su piel la atención de las mujeres que hacían la vela alineadas contra la pared. No dejó traslucir ninguna sensación, en parte por desaliento y en parte por no darles gusto. De una ojeada meticulosa a la estancia Urko recuperó todo el pasado. El viaje de su mirada acabó en la tía Flora. Los cuatro velones encendidos formaban a su alrededor un rectángulo perfecto, sacando a su rostro palpitaciones blancas. Urko se había confiado en exceso y el choque contra la realidad de aquella carne de mármol le metió una piedra en la garganta. El peor momento lo pasó al advertir la semejanza de aquella expresión con la de su propia madre.

—No te esperábamos hasta mañana, Urko.

La frase lo sacó de su abstracción, destacándose en la penumbra descubrió a su lado un bulto de mujer.

—Soy Regina —susurró la misma voz.

Ahora le correspondió a Urko tratar de situar aquel nombre en la familia. Pensó en la posibilidad de que fuera una simple vecina.

—Muchas gracias por acompañar a mi tía —aventuró.

Sintió que le cogían de la mano y lo sacaban del cuarto. Salvó medio corredor conducido como un niño. Allí seguía la mujer que le abrió la puerta, inmóvil junto a la maleta. La oscuridad del interior vol-

vía los objetos poco convincentes. Urko llegó a perder la pista de sus recuerdos de infancia y no supo en qué cuarto lo metían. Una firme presión en el hombro lo dejó sentado en una butaca. Luego la estancia tembló bajo la luz tenue de la lámpara de mesa y Urko vio sentada frente a él a una sonriente muchacha de treinta años.

—Mamá me llamaba Reina.

Urko recorrió la frase letra por letra hasta ponerla de pie. «Claro, Regina», pensó.

—De modo que somos primos —dijo.

—A veces, las familias deben recurrir a los velorios para conocerse.

Urko apreció en ella la cordialidad natural de las gentes de su tierra, aunque no dejó de advertir que el tono de ironía de su frase era más bien forzado. No acertó a descifrar en qué se basó para creer que en realidad estaba asustada. «Es natural», pensó enseguida, admirando su ánimo. Gastó un rato en tratar de encubrir su desaliento a fin de acomodarse a la anacrónica vitalidad de aquel miembro de los Pínaga. En la culminación del esfuerzo recordó abruptamente que Regina no llevaba la sangre de la familia. Urko metió en el cuerpo un suspiro que se fundió con la derrota de sus huesos. Se levantó y fue a disimular su depresión junto a los cristales de una ventana. Durante un par de minutos ella respetó su silencio.

—Es el fin —pronunció luego la muchacha.

Urko se volvió al sentirla a su lado. Le pareció una mujercita tierna, de ojos vulnerables. En ese momento descubrió que era detrás de esos ojos donde se agazapaba el miedo. Vestía con el desaliño propio de las personas que tienen vida interior. Urko observó que su mirada se dirigía desde el principio al otro lado de los cristales. «Es el fin», le oyó murmurar por segunda vez. Entonces, a la luz de las siete de la tarde, vio la excavadora detrás de la tapia del jardín.

—¿Qué espera ahí ese monstruo? —preguntó. Comprendió con una sacudida que ya conocía la respuesta.

—Mamá acaba de morir —dijo Regina—. Y pronto, Mallatu también desaparecerá.

Urko presintió que aquello ultimaba la consumación. Se abandonó por breves instantes al gozo lacerante de saborear la precisión con que se construía la tragedia.

—¿El Ayuntamiento? —preguntó.

—Sí, nuestra casa obstaculiza la nueva urbanización.

—La tía Flora no lo verá.

Urko miró a la muchacha.

—¿La mató este disgusto?

—¿Quién sabe de qué nos morimos? —preguntó, a su vez, Regina—. Mamá sufrió esta madrugada una perforación de intestino. Ha muerto en la mesa de operaciones. Te envié el telegrama al mediodía.

Urko giró con el primer movimiento juvenil que realizaba en mucho tiempo.

—¿Esta madrugada empezó todo? —preguntó.

—Sí.

—¿No hubo ninguna alarma anterior? ¿Nada hizo pensar que ella...?

Regina negó con la cabeza. Urko clavó en ella una mirada profunda.

—Yo no he recibido ese telegrama. Estoy aquí por la carta angustiosa que hace unos días me escribió la tía Flora.

Al recibir aquella carta, Urko no había tenido otra alternativa que empezar a pensar en el regreso. Vivía en Londres desde hacía treinta y seis años bajo una conciencia de apátrida. Londres había asistido al fin de su infancia, al descubrimiento de su juventud y a la instalación de su madurez solitaria, pero la ciudad nunca le pasó de la piel. Llevaba treinta y seis años resistiéndose a la nostalgia de un trocito de tierra vasca, por no aceptar el miedo a ponerse a hacer las maletas. España le daba miedo. Salió de ella el año treinta y siete en una remesa de niños refugiados, y al cabo de tanto tiempo seguía sin reponerse de la idea de derrota. La guerra le dejó sin padres. Las únicas cartas que recibía eran de una nebulosa tía Flora que le hablaba con calor de la educación anglosajona y le pasaba una cuota para la supervivencia. Eran cartas deslavazadas, que nunca mencionaban la política y que aludían a noticias familiares en un tono

tan convencional que a Urko le quedaba la impresión de haber leído un folletín. Fue perdiendo contacto con sus raíces. Llegó a vivir una época en que en sus sueños soñaba que era inglés y que lo sacaron de un laboratorio. Estudió literatura e idiomas y ganó su primer dinero traduciendo al inglés obras de españoles exiliados. Tratando de acomodar su caso personal a tanta ideología desterrada, se aficionó a componer novelas policiacas. Encontró editor y se hizo un nombre. Para entonces ya había pedido a la tía Flora que suspendiera la asignación. A los treinta años había leído tantos libros sobre España que logró situarse en el planeta. En unas Navidades, ante un besugo al horno, tomó conciencia por primera vez de su condición de exiliado, y aquella noche colocó junto al retrato de sus padres la fotografía del caserón vasco donde vino al mundo. Según transcurrían los años crecía su miedo de España. Convencido de que procedía de un tiempo maldito, luchaba tenazmente por creer en una sociedad enderezada, pero sus meditaciones siempre topaban con el fantasma de una guerra sin concluir. Se fue endureciendo su resolución de no poner pie en una tierra que le iba a mostrar el desmoronamiento de sus propios orígenes. La carta de la tía Flora no fue más que la materialización del miedo que tanta compañía le hizo en Londres. En ese momento, para sorpresa suya, encontró la paz.

Mientras Regina leía la carta, Urko Pínaga perma-

necía contemplando la excavadora con una fatalidad morbosa. El tremendo ingenio ajustaba impecablemente con la tía Flora muerta.

—Estaba loca —declaró la muchacha, apoyando cada sílaba.

Urko no la oyó.

—¿Cuándo empezará a trabajar? —preguntó, abstraído contra el cristal.

Regina tropezó con su perfil. Recortada en la penumbra vio una nariz vasta e inofensiva emergiendo de unos pliegues abruptos. Urko era grande y a ella nunca le agradaron los hombres excesivos. Sin embargo, tenía unos movimientos tan reposados que lo hacían casi evanescente.

Urko volvió la cabeza y ambos se encontraron perdidos en distintas ideas. Regina rastreó en su memoria la pregunta traspapelada.

—El jueves, a las ocho —contestó.

—Se necesitan más días para cumplir bien con un muerto —gruñó Urko.

—El Ayuntamiento no podía adivinar este imprevisto. Su ultimátum se recibió hace diez días. Era la quinta comunicación de desalojo que nos enviaba en dos años.

—La única que, al parecer, lo pudo adivinar fue la tía Flora.

Urko recuperó la carta de las otras manos y paseó su mirada por las frases que se sabía de memoria. Le

invadió la misma depresión que la primera vez, seis días antes.

Querido sobrino:

Te necesito urgentemente. No dejes de regresar a Mallatu esta misma semana. No escribas, no indagues, y ven. No pienses en mí sólo como en una tía inservible, porque además soy una mujer aterrorizada. Nunca te he pedido un favor, sobrino, y nunca más te lo volveré a pedir. No dejes que pase esta semana sin venir. Ven. VEN.

No había despedida. Sólo la firma, a bolígrafo azul. Lo más impresionante era las gigantescas letras bajo la firma, la V, la E y la N cubriendo escandalosamente toda la mitad inferior del papel. Urko dobló cuidadosamente la carta y la encarpétó en su cartera. Al cruzar su mirada con la de Regina tropezó con la afirmación que quedara flotando en el aire.

—¿Estaba loca? —repitió entre dientes.

De pronto Regina se apretó las sienes con las manos y se alejó de la ventana. Urko la vio ocupar una butaca en un rincón oscuro. Casi la perdió de vista. Miró en torno por primera vez, reconociendo el comedor a pesar de su nueva cara. Como dos astros en un cosmos desmantelado, quedaban dos butacas desnudas. A Urko se le borró medio siglo para volver a sentir el miedo a la regañina si le sorprendían en la

pieza de las visitas. Entonces le llegó un rítmico crujir de maderas y habló sin pensar:

—Siempre estuvo suelto el entarimado en ese trozo de pasillo.

Sintió en el centro del pecho un golpe de nostalgia, pero se sobrepuso. Alguna mujer de la vela se había cansado de estar sentada. Urko se acercó a la muchacha.

—¿Te sientes mal?

Le pareció que ella se había empequeñecido. Se inclinó más para localizarle el fulgor de los ojos en la penumbra, sobresaltándose al oír su voz.

—Por favor, que se esté quieta esa mujer.

Urko se apresuró a complacerla. Con un simple ruego la vecina se reintegró al banco de la vela. Con la casa en silencio Urko regresó junto a Regina. Le dolió sentirla muy remota. «No se ha identificado con los ruidos de Mallatu», pensó, palpando con rudeza el recuerdo de que la muchacha no llevaba su sangre. «Cuando arrasen la casa no le quedará lo mejor de ella.» Volvió a oír su voz saliendo de la sombra como un milagro.

—Lo siento.

Urko tuvo una ráfaga de inspiración.

—No amas estas paredes —dijo con resentimiento—. Eso significa que no fuiste feliz entre ellas.

La muchacha acusó la reprobación. Urko asistió al instante en que el rostro de Regina entró en la claridad

de la lámpara con el resuelto propósito de repeler la agresión. Tardó en admitir que era el miedo lo que estropeaba su expresión de niña.

—Ella me impidió ser feliz —le oyó exclamar—. Sólo a ti te he dicho que estaba loca.

Urko se puso a pensar con más cuidado. Acababa de comprender que ella le estaba abriendo un mundo inédito dentro de su propia casa. «Mi propia casa», se repitió, confuso. Regina era un producto de la guerra. Urko echó su recuerdo hacia atrás buscando las líneas de aquella carta donde la tía Flora le contaba que Dios les había dejado en la puerta un rorro de tres días. Urko tenía entonces trece años y aquella noticia colaboró a que sacara de las cartas siguientes un aire de folletín. La tía Flora se quedó con la criatura, después de adoptarla legalmente. Con los años, las cartas que recibía Urko se fueron espaciando, hasta reducirse a dos: una por Navidades y otra por su cumpleaños. La familia se le fue desdibujando y llegó a pensar en ella como en una postal de archivo. El recuerdo de la tía sobrevivió por una costumbre de la sangre, pero la prima Regina se le quedó en el mundo de las anécdotas.

Se derrumbó en la segunda butaca con la respiración sofocada. Los muelles se quejaron del exceso de carga.

—¿Qué ha ocurrido en esta casa en los últimos treinta y seis años? —preguntó sombríamente.

Tuvo la impresión de que ella se replegaba sobre sí misma. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Nada —contestó.

Urko examinó sus dedos desazonados, sus artísticas pantorrillas sin medias y su firme mentón, y se preguntó qué clase de criatura había detrás de todo ello. Cerró los ojos para rescatar del recuerdo las viejas noticias de la tía Flora que dormían en el olvido, pero no lo consiguió. Sufrió una especie de vértigo al asomarse al vacío de aquella muchacha que había vivido en Malla-tu más años que él. Habló con evidente pudor.

—Ella me llamó para decirme algo. ¿Sospechas qué pudo ser?

Regina se enderezó con un suspiro profundo.

—No, no lo sospecho. Es tonto que sigas dándole vueltas a la carta. Quedamos en que la escribió «antes» de sentirse enferma.

Urko volvió a advertir una súbita humedad en sus ojos.

—Es preciso haber vivido con ella para comprender que podía escribir una carta como esa sin una razón lógica.

—¿Te refieres a que es falsa la angustia que destila ese papel?

—¿Quién sabe si la tía era sincera o no? No soy psiquiatra. Lo que puedo asegurar es que no existían motivaciones «externas». Todo ocurrió aquí —y Regina puso un dedo en su frente.

—De modo que te inclinas por la locura. De modo que en la carta se habla de algo a lo que ya estabas acostumbrada.

Ella inclinó la cabeza y volvió a oprimirse las sienes con las manos. Urko permaneció atento a cualquier ruido extraño de la casa, pero no oyó ninguno.

—Es un laberinto —murmuró Regina en la misma actitud—. La verdad es que su enfermedad nunca había tenido manifestaciones desesperadas.

—Enfermedad —fijó Urko.

—Es un término de mi lenguaje íntimo —explicó ella—. Creo que si fueras médico no me habría atrevido a hablar así.

Urko extrajo del bolsillo del pantalón una bolsita de tabaco y una pipa de color verde. Murmuró mientras la cargaba:

—En cualquier caso, la tía necesitaba mi presencia para algo que no quería compartir contigo ni con nadie. En treinta y seis años no había recurrido a mí, y justamente lo hace diez días antes de su muerte. ¿Coincidencia? ¿Me reservaba un mensaje póstumo? ¿Y por qué a mí, precisamente, a un miembro de la familia que ya casi no pertenecía a ella?

—Cuando redactó la carta ignoraba que iba a morir —expuso Regina lentamente.

—Algunas mentes suelen tener premoniciones increíbles.

Urko levantó la mirada del trabajo de sus dedos

y observó que la expresión de su prima se había endurecido.

—¿Por qué a mí? —insistió, espiándola sin reservas.

Los latidos de sus comisuras le señalaron que había tocado un punto vulnerable. Se dispuso a seguir presionando, y entonces ella lo eximió de todo esfuerzo.

—Mamá no me quería —declaró sencillamente.

En silencio, Urko siguió retacando la pipa con el dedo. La adivinó tan necesitada de continuar hablando que ni siquiera la miró. Le dio tiempo a ponerse a fumar. Cuando leyó con toda nitidez en la frente de Regina la frase que se le había trabado, accedió a ayudarla.

—Por eso necesitas creer en su locura —dijo con la boca llena de humo—, sea o no cierta.

—Me obligó a huir de esta casa —musitó ella, como si la muerta pudiera oírla desde su lecho. A Urko le pareció una huerfanita llorando su infortunio. No pudo evitar el pensar que asistía a una prolongación del folletín de las cartas. Tenía por costumbre buscar en el humo, ante sus ojos, las claves de sus novelas, y entonces también se le formó en ese punto un interrogante.

—¿Cuándo sucedió eso? —preguntó.

—Todo empezó siendo yo muy niña. Arranca de mis primeros recuerdos. Concluyó hace nueve años.

—¿Y bien? —dijo Urko, al ver que se detenía.

—Ocurrió una escena terrible al pie de la escalera. Fui atacada por un hombre que había violentado una ventana para entrar a robar. Grité, llegó la tía y el hombre huyó por la misma ventana. Entonces ella me acusó de admitir a un amante en casa. Fue lo que desbordó el vaso. Aquella noche ya no dormí en Mallatu.

Urko sintió que tocaba algo consistente. Era aquella frase: «Ocurrió al pie de la escalera», lugar donde él daba la ciaboga en la bicicleta. Esta vez el recuerdo no tuvo ocasión de enternecerlo. En medio de tanta abstracción, disponía al fin de dos realidades: la carta y aquel extremo del pasillo. Para no interponer ningún obstáculo a la narración se sumió en un silencio completo.

Al ver levantarse a Regina temió que el momento se hubiera quebrado. La vio salir del comedor y enseguida le llegaron unos cuchicheos. Luego regresó y ocupó su butaca con las articulaciones descoyuntadas. Urko dejó de fumar.

—He dicho a Alejandra que te prepare mi cama. Es la única que queda en casa. El resto de los muebles ya está repartido entre la nueva vivienda y una prendería. No, no protestes. Estarás cansado del viaje. Además, yo velaré toda la noche. Alejandra es nuestra interina, la que te abrió la puerta.

Urko siguió guardando un silencio escrupuloso.

—Llevaba nueve años pidiéndome que viniera a vivir con ella —prorrumpió Regina, acoplando su voz

a la penumbra—. Sólo accedí a pasar los veranos. Cuando me ofendió, yo ya tenía el título de Filosofía y fui a ejercer a Madrid. La dejé sola, pero no, no soy ningún monstruo. Nadie puede comprender a las personas que han vivido con locos.

Urko presintió que su silencio la descomponía.

—De modo que en los últimos nueve años pasasteis los inviernos separadas —comentó pesadamente. Era una noticia inédita. Se dolió de la indiferencia con que siempre leyó las cartas de la tía Flora.

De pronto Regina abrió el chorro de sus malos recuerdos. Realizó un recorrido biográfico total, arrancando de la infancia y deteniéndose en el crudo incidente al pie de la escalera. A Urko le quedó la imagen de una cuitada perseguida por los espíritus perversos de Mallatu. La idea de folletín se enriqueció con matices nuevos. Con palabras quebradizas, Regina evocó a la niña que dormía aterrorizada porque la casa cobraba vida al anochecer. Al principio, gritaba llamando a su madre. «No es nada, nena», la calmaba Flora desde su cuarto. «Es Mallatu, que se remienda ella sola por las noches.» A la niña le fue creciendo un miedo que no encontraba comprensión. Sola en el inmenso cuarto, mordiendo las sábanas para no irse en gritos, logró articular una filosofía del miedo: «El miedo no mata. Lo que mata es el miedo al miedo. Por eso lo mejor es tocar el miedo, y lo peor, tenerle miedo». A sus seis años la despertó un portazo en la madrugada. Balbu-

ceando su filosofía, oyó pasos en la escalera. El propio terror la lanzó al pasillo y desde la oscuridad descubrió a Flora descendiendo los peldaños con una palmatoria en alto. Ahora, la niña casi deseaba la llegada de las noches para espiar el miedo. Averiguó que Flora dormía con frecuencia en el otro piso. Alcanzó los quince años dueña de un catálogo de treinta y siete ruidos diferentes. «Qué clase de ruidos», le interrumpió Urko con tersura. Regina enumeró una larga lista. Él recibió la impresión de que no los estaba recordando sino oyendo. En sus ojos percibió las llamitas de un terror resucitado. Casi todos eran ruidos naturales de casas viejas. Urko aisló dos: el de un grifo abierto y el de la bomba del retrete. «La tía Flora vivía una vida completa en el segundo piso», pensó. Empezó a abrirse a la idea de la locura. Quiso recordar a la tía Flora de anteguerra a fin de recuperar algún síntoma, pero sólo exhumó la imagen cotidiana de una mujer que perseguía implacablemente el barro de los zapatos y le prohibía viajar en bicicleta por el pasillo.

Luego Regina habló de un bachillerato hecho como interna de lunes a sábado en un colegio de monjas; de su carrera de Filosofía y Letras cursada en Valladolid; y de «la insistencia de mamá en que marchara a Francia a perfeccionar el francés». Y añadió: «En casa me hacía la vida imposible. Todo lo mío estaba mal, mis palabras siempre tenían un doble sentido malicioso, si llegaba a casa unos minutos después de las diez

me abofeteaba. Nunca pude establecer con ella un diálogo de mujeres. Era como vivir con un demonio siempre al acecho. No sé cómo soporté el último año». En este punto dirigió al primo una mirada amarga. Él pensó que sobraban las palabras. «Es increíble, pero la tía Flora quería sacudírsela de encima.» Levantó la cara al techo. La pregunta brotó con la naturalidad de la respiración.

—¿Qué clase de mundo existió ahí arriba?

Regina se sumergió en una actitud hermética. Urko la vio formar con los labios una línea de acero.

—Viviendo yo en Mallatu —añadió Urko—, ese piso sólo guardaba recuerdos de antepasados. Creo que a principios de siglo todavía lo habitaba la familia. En invierno subía con mis amigos a jugar al escondite entre las antigüedades y bajábamos teñidos de polvo.

Advirtió que a ella se le soltaban los músculos.

—No he pisado en toda mi vida ese lugar —declaró Regina marcando cada letra.

Urko esperó a que encontrara su ritmo interior para reanudar el relato. Le oyó decir que conservaba un brumoso recuerdo del alarido que sonó a sus espaldas cuando, a sus tres o cuatro años, trepó peldaño a peldaño hasta la puerta. «Nunca más lo intenté. Pero sé que estaba cerrada entonces y lo estuvo siempre. Uno de mis primeros recuerdos de este mundo es la llave que mamá llevaba colgada de una cadena al cuello, junto a su escapulario.»

Urko no sabía qué hacer para apartar a un lado la idea de folletín. Se levantó y volvió a encender la pipa en la ventana. La inminencia de la excavadora otorgó realidad al drama de Regina. En el jardín, del tamaño de un campo de tenis, los vegetales buenos estaban en retirada. En cuarenta y cinco años Urko no había sentido como entonces la tristeza de septiembre. Se asombró de la exactitud de los temores que trajo en la maleta y se preguntó hasta qué punto podía estar relacionada una situación nacional con el acoso de una familia. «No tiene sentido», pensó. «La guerra acabó hace treinta y tres años. Conservo una mentalidad de exiliado.» Giró pesadamente hacia la habitación. Desde la frontera de la penumbra Regina le sonreía de modo improcedente. Aquello acabó por decidir a Urko a hacer la pregunta.

—¿Por qué no te has casado?

Ella materializó su brusca sonrisa en una voz pulimentada.

—No me pidas cuentas. Al fin y al cabo, no soy una Pínaga.

Urko no supo dónde meter la mirada. A Regina le bastó con cerrar su sonrisa para volver a sus evocaciones.

—Me lo reveló crudamente. Entonces entendí su desamor.

Urko se refugió en su papel de escucha. La prima le dibujó una escena escueta. A sus trece años, cuando

rellenaba un impreso de matriculación, preguntó el nombre del padre al que nunca había visto. «No tienes padre», le dijo la tía Flora. «Resulta que yo tampoco soy tu madre. Te recogí del portal. Pon en la casilla: “Hija adoptada”.» Urko sintió por primera vez que tomaba aquel folletín como cosa propia.

—Estaba loca —afirmó. Dio dos vigorosas chupadas a su pipa, sin dejar de observar a la muchacha, y se puso a buscar una frase que la arrancara de ese recuerdo—. ¿Qué otras pruebas hubo de locura? —preguntó al fin.

Regina declamó automáticamente.

—Siempre faltaban objetos en la casa: libros, cubiertos, servilletas... cosas así. Solían aparecer al cabo de meses o años. O no aparecían nunca.

Su mirada se cruzó con la del primo y dejó de hablar. Se puso en pie y caminó hacia la ventana. Urko vio que se detenía a su lado una mujer diferente.

—Eres muy bueno, inglés —dijo ella, poniéndole un beso en la mejilla.

Urko se sintió repentinamente viejo. La acompañó hasta la alcoba mortuoria. Petrificadas sobre el banco las mujeres parecían fabricadas en serie. Sin perder su compostura, una de ellas lloraba sobre un pañuelo. Desde el umbral Urko advirtió entonces que a la tía Flora la habían disfrazado de Carmelita. Su rostro tenía la paz de las superiores de los conventos, y por mucho que lo intentó no pudo vincularla al relato de

Regina. Deseando palpar una consistencia que le ofreciera alguna garantía, torció hacia la escalera. Le conmovió la apreciación de que le subía de los peldaños la misma promesa de aventura que en el tiempo de antes. Su mano reconoció el picaporte negro de metal. Con el rostro a un palmo de la puerta cruzaron ante sus ojos las imágenes inolvidables de aquel interior, en el que ejecutaba con sus amigos todas las maniobras de los indios del Oeste y las proezas de Flash Gordon por las revueltas entre los muebles archivados. Cuando se dio cuenta de que le daba miedo tocar el picaporte, lo accionó con una violencia procedente del desequilibrio de sus nervios. La puerta lo rechazó abruptamente en todos los intentos. Urko Pínaga sintió que acababa de perder la infancia por segunda vez.